

ingleses con motivo del restablecimiento de la jerarquía episcopal católica, nos parece oportuno publicar el siguiente artículo del *Heraldo* de Madrid del 30 de octubre, porque presentando en su verdadero punto de vista el estado en que actualmente se halla en Inglaterra la Iglesia reformada, nos da la clave de ese lenguaje descomedido i lleno de irritación con que, a falta de razones para combatir los pavorosos progresos del catolicismo, pretenden disimular el temor de ver desmoronarse el edificio levantado por un fraile apóstata i un rey adúltero. El *Heraldo* dice así:

«El restablecimiento de la jerarquía episcopal católica en Inglaterra ha producido una gran irritación en la prensa protestante de aquel país, sobre todo en la que sostiene los derechos de la Iglesia establecida, i está dando lugar a multiplicadas polémicas, de las cuales resultan datos muy curiosos, i que arrojan mucha luz sobre el estado religioso de aquel país. La irritación i la alarma de la Iglesia establecida es natural, i se explica fácilmente. Esa Iglesia, que fué la que salió del cisma que expulsó a la Iglesia católica de Inglaterra, no es en realidad más que una mala imitación de esta; conserva en su seno la mayor parte de los llamados abusos bajo cuyo pretexto se hizo la reforma; i como al mismo tiempo no tiene en ninguna parte el vigoroso principio de autoridad que da unidad i fuerza a la Iglesia romana, ha llegado a despopularizarse hasta el punto de no tener en el día más que una existencia oficial, combatida a cada paso por las mismas armas que ella suministró contra la Iglesia de Roma.

Gracias a esto, vemos que la religión en Inglaterra ha pasado i sigue pasando por un sin número de vicisitudes, que todas han resultado en daño de la Iglesia establecida por la ley. Las infinitas sectas que han protestado contra la Iglesia oficial, que quiso heredar la supremacía de Roma sin heredar su principio de vida, han dejado a esa Iglesia en una minoría lamentable; de manera que esa Iglesia, que hoy tiene un episcopado escandalosamente dotado, i que hace de sus rentas un uso muy poco evangélico, puesto que, más que en las limosnas de los pobres, piensa en los dotes de sus hijas, en las carreras de sus hijos i en la acumulación de las riquezas que ha de dejar a sus herederos; que esa Iglesia que tiene un clero numeroso i acaudalado, i también curas pobres que desempeñan por un miserable estipendio lo que los curas aristocráticos no pueden hacer porque prefieren gastar sus pingües rentas en los grandes centros de la civilización; que esa Iglesia, que tiene en Irlanda arzobispos, obispos, canónigos i curas, todo, ménos feligreses, es la Iglesia de un número de habitantes infinitamente menor al que forman juntas todas las sectas que han salido de su seno i que sostienen sus diferentes cultos por medio de contribuciones voluntarias.

Hace muchos años que la Iglesia establecida por la ley en Inglaterra se encuentra en esta alarmante minoría, i sin embargo, se ha cuidado poco hasta ahora del peligro que la amenaza. Veía, es verdad, crecer al rededor de sí esa variedad infinita de sectas, consecuencia natural de su propia apostasía, que empezando por el metodismo i pasando por los baptistas, anabaptistas, unitarios, euácaros i otra innumerable nomenclatura que termina quizás en los delirios de Johanna Southcote i otros falsos profetas masculinos i femeninos, resume todos los errores i extravagancias de que es susceptible la imaginación del hombre cuando se extravía del sendero de la razón, que es al mismo tiempo el de la fe, veía todo esto, pero no temía su derrota por parte de sectas privadas, como ella, de toda autoridad, e impotentes por tanto para absorber a las demás, i formar con ellas un cuerpo compacto, capaz de amenazar su supremacía.

No mira, sin embargo, con la misma indiferencia a la Iglesia católica, porque sabe que esta, teniendo un poco de libertad de qué disponer, ofrece un puesto demasiado seguro a las conciencias inquietas

para que se resistan a entrar en él las que se han cansado de vagar a oscuras por el intrincado laberinto de las sectas sin encontrar reposo en ninguna parte. La Iglesia católica de Inglaterra tiene, además, a su favor el interés que inspira su largo martirio de tres siglos; i el carácter mundano de los prelados protestantes, su indolencia, su adhesión a los intereses puramente materiales han venido a justificarla hasta de los más visibles pretextos con que se atacó su supremacía. Agréguese a esto sus verdaderos elementos de superioridad, fundados en las palabras reveladas; la abnegación de su clero, su incansable caridad, su consagración exclusiva al ejercicio de su ministerio, i el principio de autoridad, que constituye un lazo tan vigoroso de unión, i deja a su acción un campo tan desembarazado, i se concebirá con cuánta razón se alarma la Iglesia de Inglaterra.

Hechos recientes i elocuentísimos por sí, han venido a justificar todos sus temores. La Iglesia católica ha empezado a desarrollarse de una manera prodijiosa en estos últimos años. Hemos visto centenares de sacerdotes protestantes de la Iglesia anglicana concebir graves dudas sobre la legitimidad de la autoridad de su Iglesia: pasar de esto a negarle decididamente la sucesión apostólica; constituir la nueva secta del puseyismo, en que se dió entrada a muchas prácticas del catolicismo, rechazadas por el anglicanismo como supersticiosas; i renunciando, por fin, a la sombra por la realidad, i por el original a la imitación incompleta, volver al seno de Roma definitivamente, i abjurar de sus errores en manos del sucesor de San Pedro.

Abierto este camino, se empezó a marchar por él con rapidez suma. Si los pastores abandonaban a centenares el seno de una Iglesia en que, si no hai altares dorados e imágenes de plata, se llenan de oro acuñado los bolsillos de sus prelados, i reina el lujo en sus hogares domésticos, las ovejas extraviadas lo abandonaron a millares. Hoy, según nos dicen los periódicos ingleses recibidos ayer, existen solo en Londres 170,000 católicos, es decir, una duodécima parte de la población, con numerosas Iglesias i una catedral magnífica; i en el resto de Inglaterra la proporción es aun mayor. En esta situación, el Papa ha creído con razón que había llegado el momento oportuno para consolidar más i más los lazos que unen a la Iglesia católica en Inglaterra; para regularizarla i disponerla mejor para el combate; para presentar a los disidentes un puesto más seguro i mejor dispuesto a su recepción. La Iglesia anglicana conoce que con esta regularización de fuerzas su disolución es inevitable. En vano gritará contra la resolución de Roma; en vano tratará de atacarla con el arma del ridículo, i en vano se quejará de que Roma ha creado en su Consistorio unos obispos por el estilo de los que se llaman *in partibus infidelium*. El día del último combate ha llegado, i para nosotros, el resultado no es dudoso. La Iglesia anglicana, con su bagaje de abusos, con la falta de solidez del terreno en que se apoya, no puede resistir a la enérgica acción de la Iglesia católica. Tarde o temprano será absorbida; i tras ella una a una irán las sectas, hasta que la Iglesia de Roma vuelva a establecer la supremacía i a dar una prueba más del origen divino de la promesa en que descansa la piedra angular de su edificio.»

VARIETADES.

Importancia de la educación en el siglo 19.

XIV.

LLAMAMIENTO A LOS PADRES DE FAMILIA.

Si es a la vista del peligro que puede apreciarse la medida del sacrificio, la fuerza del amor, el heroísmo de una caridad sincera; ¿no será en las presentes

964

circunstancias que debe conocerse el grado de ternura de los padres cristianos en favor de sus hijos? Multitud de hombres a quienes la Escritura santa llama *centinelas vigilantes de la casa del Señor*, pontífices que por sus talentos, su ardimiento i sus virtudes son una de las primeras glorias de la Francia, i a quienes con justísimo título se puede llamar padres de la patria, han indicado al gobierno i a las familias, los innumerables peligros á que está espuesta la juventud bajo el imperio de las doctrinas filosóficas que han ejercido ya sobre el siglo i sobre la educación su tan fatal influencia: i en su calidad de guardianes de la fé i de las costumbres, en nombre de todo lo que su ministerio tiene de mas augusta, de mas sagrado i de mas inviolable; despues de un exámen prolijo i de las prudentes demoras que tan bien convienen a sus delicadas funciones, han hecho esta solemne advertencia, dolorosamente ajitados sobre el porvenir de la sociedad, i mas aun, sobre el precio de tantas almas de que son ellos los primeros pastores. I qué! ¿Esos gritos de alarma que parten del fondo del Santuario, esas quejas elocuentes de ochenta obispos, esas graves reclamaciones que han resonado por toda la Europa, no deberán despertar todas las solicitudes de los padres cristianos para quienes la religion no es una palabra sin sentido, i que abrigan todavía el sentimiento de sus deberes?... Estas voces que han hablado desde un lugar distante de todos los partidos, ¿no han sido precedidas por los clamores de una esperiencia diaria i decisiva? El árbol ha debido conocerse por sus frutos, los ojos cuidadosos han debido apreciar por sí mismos los resultados de la educación actual, verificar los hechos, reunir espantosos testimonios i abrirse en fin, a la evidencia.

Mas, aun cuando el peligro no fuese tan grande, tan positivo, tan jeneral como se ha dicho; aunque no pasase de dudoso, ¿no tendrían siempre los padres de familia la obligacion sagrada de redoblar sus cuidados i su vijilancia, de emplear santas precauciones para poner a sus hijos al abrigo de toda emergencia fatal? Ah! ¿En qué ocasion será necesario tomar el partido mas seguro, las medidas mas enérgicas, cuando será preciso preveerlo todo i presentirlo todo, sino cuando se trata de conservar la vida espiritual i el alma de los niños? Si cuando estos lleven a sus labios manjares que pueden darles la muerte o robustecer su salud; i que arrastrados por la muchedumbre abandonen su frágil navecilla sobre un mar proceloso que les conduzca al puerto o al abismo, si finalmente perecen, ¿alegarán sus padres, para no acusarse de la pérdida de sus hijos, que no lo habian previsto?... ¡No haberlo previsto! ¡Ah! ¿No es el primer deber de un padre, fijar por medio de una prudente prevision, la lijereza e inconstancia de su hijo, prestar seguro apoyo a su edad débil, i encontrar en los vivos ardores de su ternura, una antorcha siempre encendida para iluminar sus pasos, i apartarle de los precipicios?... Mas, aquí el peligro es efectivo, i así lo ha testificado la caída deplorable de millares de jóvenes, sobre lo cual solo pueden ofrecer tranquilidad aquellos hombres que no creen en la vida ni en la muerte del alma. ¿Cuándo pues, si no en estos desgraciados tiempos deberán desplegar los padres de familia para salvar sus hijos, mayor celo cristiano que haga reconocer en ellos los primeros apóstoles de su familia, segun la espresion de un doctor de la Iglesia? (1) Si San Pablo declara que el padre de familia cristiano que no cuida de sus domésticos, es peor que un infiel, ¿de qué crimen no se hacen culpables aquellos padres que se creen católicos, i que miran con indiferencia las tempestades que amenazan la fé i las costumbres de sus hijos? Ah! El viento del cepticismo i la sed de goces materiales lo han helado todo en las almas; no se sabe ya lo que es ser padre; porque solo hai un pequeño número de hombres que deseando ver-

(1) San Juan Crisóstomo.

daderamente para ellos mismos la felicidad del Cielo; quieren procurarla igualmente a sus hijos a costa de la mas penosa consagracion, animada por una fé sobrenatural; i sin embargo, ved aquí, ved el rasgo mas característico de la paternidad: dirigir hacia este grande objeto todas las solicitudes paternas; sentirse hambriento de la salvacion de sus hijos, i abandonarse a un implecible amor de sus almas, que forman la porcion mas noble de su ser.

Que hombres que no comprenden cosa alguna de este lenguaje, presten oído atento al discurso de un célebre pontífice llamado *boca de oro*, a causa de su elocuencia, el cual, esplicando las finimas i tiernas relaciones de su ministerio con los fieles de su Iglesia, se aplicaba a sí mismo la idea de padre, i les revelaba con cierto encanto maravilloso de union i sencillez las inefables ternuras de una paternidad fundada sobre la caridad, i anhelando llevar a todos sus hijos a las mansiones inmortales. «Vosotros sois para mí, decía a los habitantes de Antioquia, mi padre, mi madre, mis hermanos, mis hijos; todo, en fin; i no hai para mí dolor ni gozo que me sea sensible, en comparacion de aquello que os interesa. Aunque no tuviese yo que responder de vuestras almas, sentiria un profundo desconsuelo si llegaseis a perderos, a la manera que un padre no puede consolarse de la pérdida de un hijo, aunque hubiese hecho todo lo que hubiera estado a sus alcances para salvarle. Qué se me encuentre criminal o que sea justificado en el tribunal supremo i terrible, nada de esto es el objeto mas premiante de mis solicitudes i temores: lo que basta, lo que es necesario a mi propia felicidad, es que todos sin excepcion os salveis, que seais todos eternamente dichosos... Oh! qué importa, si os salvais, la persona que os lo ha conseguido! Si alguno se admirase de oírme hablar así, es porque ignora lo que es ser padre.» En efecto: ser padre es ser todo amor, todo corazon para sus hijos, identificar al alma de estos, el alma propia, vivir con su misma vida, ser feliz con la misma felicidad de ellos: es producirles a la vida moral e intelectual despues de haberles hecho nacer a la vida corporal, i ser para ellos una providencia siempre atenta i cuidadosa. Así, no es posible que exista sobre la tierra una imájen mas afectuosa i espresiva al mismo tiempo, de la bondad divina, que la ternura paternal i maternal. En la palabra *padre* se resumen perfectamante los deberes de autoridad i de amor que van unidos a los cargos públicos i a los diversos ministerios de la sociedad civil i religiosa: en todas partes se dice: «el superior es el padre de sus inferiores, el jeneral de sus soldados, el obispo de sus diocesanos, el rei de sus vasallos.» El Papa es llamado padre por excelencia en toda la cristiandad; *Santisimo Padre*, padre de todos los fieles. Ningun hombre puede lisonjearse de llegar a la verdadera altura de los eminentes puestos de que hemos hablado, sino bajo la indispensable condicion de comprender i llenar exactamente los deberes sagrados de la paternidad; mas, aun supuesta esta igualdad, siempre será cierto que hai un intervalo inmenso entre la paternidad adoptiva i la paternidad de naturaleza, por la cual vuelven a encontrarse las facciones i rasgos propios en los de los hijos, i su reproduccion viva en todas las cosas.

Por lo demas, la una i la otra dignamente despenadas, formarían el mas hermoso tipo de toda autoridad legitima que representa la de aquel Dios de quien con tanta razon se ha dicho *Nemo tam pater*. El padre en el amor a sus hijos debe imitar la bondad divina para con nosotros: Dios al mirar en el hombre su obra, su viva semejanza nos ama con un amor incomprendible, ilustrado, constante i eficaz. De esta manera el padre al ballar en sus hijos una porcion de su sangre, debe adherirse a ellos por lo mas íntimo de sus entrañas, por la expansion de aquella inesplicable ternura que no solamente satisface i previene sus deseos legitimos, sino

que los hace nacer, i los multiplica para multiplicar sus beneficios i sus favores. ¿Podría alguno lisonjearse de que ama a sus hijos con un amor bien entendido, activo i perseverante, si los ojos de su vijilancia no se dirijen personalmente hácia todo lo que en ellos hai mas precioso i mejor formado para la felicidad i la gloria? ¿Podrá lisonjearse de que los ama, sino desplegaré toda la consagracion, toda la enerjia de su ternura para librarlos de todos los peligros, para conjurar todas las tempestades, i para conducir al cielo estos seres de ascendencia divina, pero tan débiles i flacos en la primera edad? ¡Padres católicos! ¿La fé que tenéis la dicha de profesar, i en que fuisteis educados vosotros mismos, no os dice que vuestros hijos llevan consigo lo imagen de la divinidad? ¿No os dice, que circula por sus venas la sangre de los mártires, que su frente está marcada con un sello divino, que borrada en ellos la mancha orijinal por el sacrificio de su divino amigo, deben merecer el trono que les ha preparado en la mansion de las eternas delicias, por medio de las obras de una vida inocente comenzada acá en la tierra bajo vuestros auspicios? ¿No os dice que la bondad soberana para asegurarles mejor aquel tesoro, hace intervenir incesantemente los prodijios de su Omnipotencia i sabiduría, que les da un ángel por compañero de su destierro en este valle de lágrimas; que les apresta bajo los velos eucarísticos una mesa perfumada con celestial ambrosia, i cubierta de manjares divinos que ha sacado de su propia sustancia? ¡I si trataseis con indiferencia estas almas tan bellas, destinadas a tanta gloria i felicidad, estas almas con quienes tan de cerca estais unidos, i que son otros tantos vosotros mismos! ¿si sabiendo que pueden ser eternamente dichosos o desventurados, que podeis tener sobre ellos una influencia sin medida, no haceis nada, o casi nada para prepararles su porvenir i conducirlos al puerto de la bienaventuranza inmortal!...

Pensar únicamente en la vida material i no en la eterna de los hijos, cuidar sólo de sus cuerpos i no de sus almas, ¿será ser padre, ser cristiano?... ¿Lo será no tomar providencia alguna relativa a su educacion moral, afanarse esclusivamente por asegurarles una posicion honrosa en el mundo, i dejar por una ciega indolencia, su fé i sus costumbres espuestas a peligros que hacen temblar?... ¡Que no tenga yo el cielo i las palabras de fuego de los profetas para provocar punzantes i agudos remordimientos en las conciencias de tantos culpables!... ¡Padres indignos, que hollais i menospreciáis todos los deberes de la naturaleza i de la religion, comprended al ménos, vuestra inconsecuencia! Cuando alguno de vuestros hijos llega a ser víctima de un accidente imprevisto i a perder un miembro, cuando se siente atacado de una fiebre violenta, cuando combate penosamente con una grave enfermedad, en el momento sentis vuestra alma destrozada, llamais los médicos mas afamados, vuestro dolor es tan profundo, que os encontráis vosotros mismos invadidos de una especie de languidez que hace temer por vuestros dias: i cuando aquellos pierden una vida mucho mas preciosa que la vida corporal, cuando una filosofia hipócrita i deísta derrama gota a gota su veneno por mil canales secretos, i les arrebatá uno por uno, todos los dones del cielo; vosotros permanecéis impassibles, tenéis ojos para no ver nada, i oídos para no oír cosa alguna! Ah! torrentes de lágrimas deberían correr de vuestros ojos; i en medio del delirio de vuestro dolor deberiais esclamar como Job: «Ay de mí! yo lloraré hasta la muerte, porque una bestia cruel ha devorado a mi hijo.» ¡Qué digo! ¡O barbarie inaudita! Tal vez vuestra mano paternal, esa mano que vuestros hijos maldecirán un dia, es la que los ha colocado, no diré yo, en lugares húmedos e infectos en donde perderian la frescura, la salud i el vigor de su juventud, sino en una escuela peligrosa en donde las malas compañías, las lecciones de maestros, enemigos

disfrazados de la fé católica i la páfida condescendencia de pretendidos supervijilantes, estraños a toda especie de celo i de caridad, causarán irreparables heridas en sus corazones, i los separarán eternamente de Dios que es su principio i su vida. Ah! Por mucho tiempo permanecerá grabada en mi memoria la historia de un jóven desgraciado, el cual, sintiéndose morir trájicamente en medio de los excesos de una vida profundamente corrompida, esclamaba con el acento de la desesperacion: «muero desgraciadamente; pero mis padres son los que me hacen morir; yo les lego el remordimiento sempiterno de haberme colocado en este establecimiento, en donde he encontrado tantos malos ejemplos que son la causa de la pérdida de mi inocencia, de mi salud i de toda mi felicidad.»

Oh! cuántos jóvenes muertos con eterna muerte por consecuencia de una educacion irreflijosa o descuidada, recóuvendrán a los autores de sus dias delante del soberano juez, por haberlos depositado en focos de verdadera corrupcion, en donde hubiera sido necesaria mayor virtud que la de un ángel para conservarse intacto i puro! ¿I qué responderán estos padres de familias, para librarse de las miradas centellantes de Aquel que valorándolo todo a la luz de la eternidad, les preguntará qué es lo que han hecho en favor de las almas de sus hijos? No: imposible es que haya crímen mas grande, atrocidad mas irritante de que pueda hacerse culpable un padre o una madre, que el dar o proporcionar a sus hijos una mala educacion: cualquiera que, en un momento de delirio los asesinase con su propia mano, despues de haber recibido el bautismo, no mataria sino el cuerpo, mientras que en fuerza de una educacion mala, se hace perecer el alma insensiblemente, con todos los jérmenes de santidad, dejando obrar sobre ellos i a sangre fria los mas corrosivos venenos.

¡Padres cristianos! ¿será necesario insistir mas vehementemente, para hacerlos comprender lo que os dicen con tanta elocuencia, todas las luces de vuestro espíritu, todas las ternuras de vuestro corazón, i todas las leyes de la naturaleza? «Ante todas cosas, asegurad la salvacion de vuestros hijos por medio de una educacion esmerada i cristiana.» ¿No conocéis cuál seria el resultado infalible de vuestra criminal apatía? Flores virginales, marchitas apenas acaban de brotar, deshojadas al impulso del primer viento de las pasiones; la fuente de los sentimientos puros, agotada desde temprano en esos corazones nuevos convertidos en guarida infecta del deleite; en lugar de la paz, de la calma, del gozo i de las dulces esperanzas de una buena conciencia que les harian perfectamente felices, solo se encontraria la turbacion, las alarmas continuas i las puntas aceradas de los remordimientos, una anticipacion de los terrores i de las penas del infierno!...

¿Qué! ¿podriais representaros sin temblar, a vuestros hijos, a vuestros propios hijos con la marca de la degradacion, la mirada aterradora del impío, llenos ya de pasiones i de vicios, llevando en su seno un fuego abrasador que los consume? ¿Podriais verlos, ni aun con la imaginacion, al dejar una vida arrastrada en la ignominia i la desgracia, caer en lo profundo de los abismos ardientes, i separados para siempre de la luz, padecer inesplicables suplicios, infinitos por su duracion i su rigor, preparados por la mano inexorable de la justicia suprema? ¡Ah! si la fé no despierta, en vista de estas reflexiones, toda vuestra ternura, si no sentis vuestras entrañas conmovidas, yo me prosterno a vuestras plantas, las riego con mi llanto, i os digo con todas las voces de mi alma en nombre de Jesucristo, en nombre de la tierna amistad i de la sobrenatural compasion de que me siento poseído hácia los niños de quienes no queréis ser salvadores, i por consiguiente aji padres: ¡compasion, piedad, mil veces, gracia para estos niños que son los hermanos de los ángeles, el precio de la sangre de Jesucristo!... o antes bien,

tened lástima de vosotros mismos! Porque, ¿qué abrigo buscaréis contra los anatemas de su furor, cuando perseguidos, consumidos por el fuego de la venganza del cielo, claméis contra vosotros: «padres «desnaturalizados; vuestras manos infieles i traidoras, fueron las que nos llevaron al lugar de los «eternos dolores! La cruel indiferencia con que «dejasteis desarrollar nuestras pasiones i nuestros «vicios, la poca solicitud que manifestasteis para «conservar nuestra fé i nuestra inocencia, nos hicieron olvidar que teníamos alma, i vednos aquí, «por culpa vuestra, perdidos para siempre por toda «la eternidad!.....»

Mas, ¿qué debemos hacer, me preguntareis, para aborrrarnos un día, de semejantes reconvenciones?

Uno de los primeros objetos de vuestros cuidados, por todo el tiempo en que la debilidad e ineptitud de la edad de vuestros hijos os obligan a retenerlos en el hogar doméstico, es vijilar continuamente sobre ellos, observar todos sus pasos, estudiar i seguir de cerca el desarrollo de sus inclinaciones i transformar vuestra casa en una especie de santuario en donde todo lo que se les ordene, les conduzca eficazmente a la virtud—Platon i los filósofos antiguos querian que no solamente se prohibiese a los niños toda lectura de comedias i todo espectáculo, sino tambien que se proscribiesen absolutamente de las ciudades i de las casas, todas las pinturas, esculturas i tapices indecentes ó peligrosos—exijian por el contrario, que en una ciudad, todo enseñase e inspirase la virtud; inscripciones, cuadros, estatuas, juegos, conversaciones i que de todo lo que tocan los ojos o los oídos, se formase una especie de ambiente saludable que se insinuase imperceptiblemente en el alma de los niños, i los inclinase desde su más tierna edad, al amor de todo lo bueno, i al gusto i predileccion de todo lo decente i decoroso. (1) ¿Cuánto respeto a la edad juvenil! ¿Qué leccion en la boca de un pagano, para tantos padres cristianos tan descuidados e indolentes en todo lo relativo a la educacion de sus hijos!..... ¡Ah! Los padres son tal vez, hoy día, con pocas excepciones los mayores enemigos de sus hijos: los complacen en todo cuanto quieren, los inspiran aficion a toda frivolidad, los conducen por si mismo a los bailes i espetáculos, iniciándoles de este modo en todas las locuras i placeres estrepitosos del mundo; i mirando su educacion como el mas subalterno de todos los negocios, ni piensan en formar su corazon, ni en acostumbrarlos a las prácticas tan saludable de la religion.

¿Cuán diferente es la conducta de los padres verdaderamente cristianos que consideran con los ojos de la fé los deberes de la paternidad sobre punto tan importante! La educacion es para ellos un asunto capital; de todo quieren darse cuenta en un ministerio tan decisivo: jamas tienen a ménos descender hasta a los mas pequeños pormenores, que segun el hermoso pensamiento de San Jerónimo, son el fundamento de las cosas mas grandes. (2) I despues, cuando se ven precisados a alejarles de la casa paterna, con cuan prudentes precauciones, con cuánto estudio elijen entre mil, los maestros a quienes han de entregar las almas de sus hijos!... ¿Cómo establecen luego relaciones continuas con estos dignos Mentores, para asegurarse del adelantamiento de aquellos objetos de sus afanes en la ciencia i la virtud!

¡Padres católicos! vosotros todos los que os proponéis colocar a vuestros hijos en escuelas públicas o particulares, institad a estos virtuosos padres de familia: examinad prólijamente antes de fijar vuestra eleccion; pensad que se trata no solamente de asegurar la fortuna i la reputacion de vuestros hijos, sino antes bien, los destinos inmortales de jóvenes cristianos. ¿No se escojen los mas hábiles precep-

tores, las mas sábios maestros para instruir i cultivar la infancia de un príncipe, de un rei? ¿No se hacen concurrir extraordinarios esfuerzos, no se pone muchas veces en accion el jénio de toda una corte para formar sus aficiones, i para inspirarle sentimientos dignos del trono? ¿No deberá hacerse tres veces mas, cuando se trata de educar un cristiano? ¿Un cristiano verdadero no es eminentemente superior a cualquiera hombre que solo fuese rei? ¿No debe tener aquel una alma todavia mas grande, efectuar acciones mas nobles, i llevar en su corona mas preciosa? Instruidles pues, desde su mas tierna infancia, o hacedles instruir todos los dias sobre la magnitud de sus destinos; guardaos de permitir que se arrastren por la tierra sus pensamientos i sus deseos: poned en sus manos todavia jóvenes el cetro que domina a todas las pasiones; revestidles de aquellas virtudes evangélicas que serán el ropaje de su gloria. No es una educacion real, sino una educacion santa i en cierta manera divina, la que es necesaria para elevar a toda su altura a aquel que debe ser émulo de Dios en la carrera de la perfeccion, i su comensal en el banquete de la felicidad eterna. Pero, ¿quién designará el digno lugar en que el cristiano puede hacer de este modo el aprendizaje de todas las virtudes, el noviciado de la santidad, el estreno de su celestial principado?.... Difícil es esto, lo confieso, principalmente en las actuales circunstancias; por lo demas, el embarazo en que nos encontramos, de hallar escuelas calculadas para formar cristianos, ¿no deberá empeñar a todos los padres de familia, a que unan con toda diligencia sus voces a las de los obispos de Francia, que con tanta instancia solicitan una buena ley sobre libertad de enseñanza?.... (3) ¡Ah padres cristianos! Si con vuestros no interrumpidos esfuerzos lograseis procurar a los objetos de vuestra ternura, una educacion conforme a las inspiraciones de un celo dirigido por la fé, cuan completa será la recompensa de vuestros afanes! ¿Cuan agradable os será encontrar, en el cumplimiento de vuestros primordiales deberes, la fuente de vuestras mas puras satisfacciones!... ¿Qué inmenso porvenir de felicidad i de gloria preparareis a vuestros hijos i a vosotros mismos!... ¿cuan dulcemente reposarán los ojos de vuestro amor sobre esos seres nacidos de vuestro seno, i que llegarán a ser en vuestras manos, vasos de eleccion, dignos de adornar el santuario perdurable!.... Si el jardinero ve con tanto gozo, cargados de frutos, los árboles que plantó; si el pastor siente saltar de alegría su corazon a la vista de sus rebaños llenos de vida i cubiertos de riquísimos vellones, ¿cual será el gozo de aquel que, despues de haber prestado a los niños una buena educacion, despues de haber pulido sus almas desde su mas tierna infancia, los vea llegar de repente al mas alto grado de perfeccion, i pueda decirles: «yo os he salvado, vosotros sois mi obra.» (4)

(3) En la Nueva Granada solo pedimos los católicos tolerancia, así como la tienen los protestantes, los judíos &c; pero proclamar libertad de enseñanza, i al mismo tiempo prohibir de hecho al padre de familia católico que elija maestros para sus hijos, i lo que es más todavia, proscribir a los maestros que ha elegido solo por ser católicos o miembros de un instituto católico, esa libertad es una ironía, una invencion del sentido de aquella palabra, o mejor dicho, un ataque a los derechos de los católicos.

(4) Seneca. Carta de Lucil. 34.

#### Colejio Seminario conciliar.

Hoy se abre este establecimiento para el nuevo año escolar—La pension de los alumnos internos es de 115 pesos pagaderos por mitades adelantadas el 15 de enero i 15 de junio.—No se admiten como externos los que eran internos el 21 de mayo de 1850, o dejen de serlo en adelante—El Síndico actual es el señor Fernando Calcedo Camacho, i despacha en la tienda núm. 75 en la 2.ª carrera del norte

Imp. de «El Día» por José Ayarza.

(1) Platon L. III de Rep. Traducción de Rollin.

(2) Non sunt contentanda quasi parva sine quibus magna constare nequeant. *Ad Laet.* pag. 395.